

tado el fastidio! No sé si algunas pequeñas reflexiones inocentes y muy sinceras habrían bastado para ello, pero sino he alcanzado el espíritu de la mayoría de las gentes, he conmovido el vuestro y esto me basta. Quizá habría valido mas no insistir y contentarme con estas modestas exclamaciones brotadas de un corazón reconocido con el fastidio por haberle revelado su valor y su belleza, pero yo, que no obedezco más que a mi capricho, quiero obedecer también al más oscuro de vuestros deseos. Es difícil hablar del fastidio sin ser aburrido, pues no escribo sino para vos, ¡ay! y pocas personas participan de nuestro gusto por esta forma de la vida interior y secreta.

El fastidio que canto no es el fastidio de ojos mortecinos y rostro sombrío. Es sonriente. Mira la vida y la vida le mira. Sentados frente a frente, y a veces uno al lado del otro y a veces la mano en la mano, escuchan los pensamientos que no profieren, confundidos en los deseos cuyo ritmo es regular como el de un corazón sano. Figuraos esta imagen dibujada por un viejo pintor del tiempo en que los pintores tenían ideas. Representaos masculinizada la Melancolía de Alberto Durer, con los ojos menos extraviados, sentada cerca de una magnífica compañera de la que se adivina que encierra bajo el velo de su traje y el velo de su carne, el secreto de todas las alegrías vanas por ser demasiado reales, esto es, fugitivas. Permanecerán así largo rato, no siempre: lo suficiente para que el fastidio sonría al fin a los atractivos de la vida y para que, desaparecida la visión, él conserve la actitud que ella le impusiera. Entonces él se sumerge en sí mismo y se embriaga de sí mismo cuando descendido al fondo del golfo, recorre sus pensamientos.

Pero ya no estamos en los tiempos de la pintura alegórica, los espíritus demasiado perezosos no tienen ya la paciencia de penetrarla y no reflexionando no la comprenden. Hay que hacerlos entrar lentamente en el jardín bien trazado y lanzarlos de un golpe en el juego de la sensación. El fastidio no es un sentimiento delicioso. Es un sentimiento desnudo, tal cual lo concibo y tal como me gusta el contacto. Se siente allí la vida despojada de todas sus galas, reducida a sí misma, a sus solos encantos que se reducen a éste: ser.

Trato aun de explicar que hay que saber gustar la vida pura, disociada de la idea de dicha; quimera que echa a perder los mejores momentos, que nos saca a cada instante fuera de nosotros mismos y nos deja a merced de cualquier ironía que nos la pro-

mete. Ironía que ni siquiera nos engaña más de un instante y de la cual la menor experiencia de vivir nos muestra la crueldad; sin embargo, basta para enmascaramos la vida verdadera que no es más que el sentimiento de nosotros mismos, el sentimiento de nuestra disipación ante la permanencia de las cosas.

Es precisamente para escapar a esta huída lenta y segura de nuestra vida por lo que nos asimos a la cabellera del río, pero las ramas débiles del sauce o las frágiles del álamo, ceden y descienden con nosotros, que nos agotamos a menudo por el esfuerzo y nos ahogamos más ligero.

¡Ah! Cuánto mejor, acostados en la barca del fastidio, dejarnos llevar por la corriente y seguirla con majestad y deslizarse con realeza hacia el abismo, a lo largo de las riberas de donde sube hacia nuestros ojos, un deseo, en ocasiones una mirada, siempre un perfume. Mas si es inútil luchar voluntariamente contra la corriente ineluctable, el fastidio aprovecha con delicia sus paradas, sus escalas en las bahías y en las ensenadas para recoger allí placeres con que se entretiene en momentos inesperados. Nada predispone a los placeres profundos como el profundo fastidio que no desea otros, y que huye con cuidado de los placeres mediocres de que está sembrada la vida. El fastidio no es la escuela del suicidio, al cual su práctica constante lo llevaría infaliblemente. Acepta las diversiones necesarias a la naturaleza humana; encuentra allí nuevas fuerzas para ejercitar su fantasía, que sin ello se convertiría en marasmo. El hombre no está hecho para la continuidad y no puede gozar sino un rato de la plenitud.

Pero me doy cuenta, amiga mía, de que al tratar de describirnos el fastidio, caigo, a pesar mío, en la pintura de la felicidad, de tal manera tenemos en la cabeza su dibujo y sus colores. Reconced a lo menos que el estado que os propongo (como si no lo conociereis tan bien como yo) no tiene nada de común con el beato contentamiento de los tontos ni con el placer brusco de los imbéciles. El fastidio se conoce y se conoce como tal.

Hasta se confiesa con orgullo. No bosteza ni suspira. No estira los brazos, sino que los mantiene cerrados y apretados como resortes para arrojarlos al cuello del placer que pasa y que agotará si el placer es el más débil. Hay mucha animalidad en él y como los animales más fuertes, sabe esperar. Es que el fastidio no se aburre consigo mismo. Tiene una actividad interior enorme que no se desarrolla bien sino en la soledad. Por lo demás no se com-

place más que allí y se encoleriza de ser llevado a las diversiones vulgares.

¿Os acordáis de un cuento de hadas en el que la joven princesa ha recibido de su madrina una sortija cuyo engarce le maltrata el dedo y se le hunde en la carne cuando ella va a cometer un acto prohibido? Vos poseís un anillo semejante, un anillo de piedra sombría y azul, que un día os metió el fastidio y que aceptasteis sonriendo como un anillo de compromiso matrimonial. Pero os había prevenido que si dilapidabáis los tesoros de soledad amontonados por él en nuestro corazón, el engarce maltrataría vuestro dedo hasta hacerlo sangrar. ¿No habéis sentido nunca la punta terrible y milagrosa? Eso me admiraría bastante, pues el fastidio es un amigo celoso y que no gusta de que se le arrastre entre medios indignos de su majestad. ¿No?

Mostrad vuestro dedo para besar la marca de las punzadas, porque sé que las hay. Sí, el fastidio es un gran tirano. No hay que obedecerle siempre. Si se le escuchase, se terminaría por vivir solo con él, lejos de los hombres, y una mujer en verdad no está hecha para tanta soledad, ya que debe agradar, ya que debe ser bella. Es preciso que una mujer salga de su casa y de ella misma para que podamos encontrarla y amarla.

¡Ah! y en tanto que se ama, ya no hay más fastidio. Resignado desaparece, se oculta atisbando con el rabo del ojo, tras una cortina, a que vuelva su hora. Ésta vuelve siempre:

*La trigésima vuelve... Aún más  
es la primera;  
es siempre la única...*

Es aquella en que se sueña en todo lo que no es, en todo lo que es imposible, en lo absurdo, en lo informulado. ¡Cuán dulcemente pasan sus minutos! Se les siente vivir, se les siente morir uno a uno, se les ve tomar, para caer en la nada, tan lindas poses replegadas y resignadas! Se muere un poco con ellas, se muere con la conciencia de vivir y de vivir inútilmente, lo cual es vivir dos veces. En esos momentos, mi amiga, casi tengo miedo de vuestro pensamiento. Produce en el silencio una música netamente dibujada, muy luminosa y muy cristalina. A decir verdad, no hay fastidio compatible con ella. El fastidio viene cuando no estáis presente o evocada. Pero si tengo la facultad de evocar los seres que amo, el encanto no se logra siempre. Sombra rebelde, me dejais solo conmigo mismo. En tales días, quizá mi fastidio es más profundo, demasiado profundo.

(Trad. y envío de C. LIRA)